

1

LA NIÑA QUE SABÍA EL SECRETO

Ya se ponía el sol en el Atlántico y, mientras el astro rey recorría las olas como oro líquido, una muchacha a bordo de un caza Pod Fighter desbarataba la escena, como un grafito trazado en el cuadro de un paisaje. Por unos instantes, temblaron sol y mar.

Ellie volaba rápido y a poca altura, con los ojos puestos en el horizonte septentrional. A su espalda, en el asiento del artillero, iba un mono capuchino llamado Puck, cuyas cejas se retorcían al tiempo que comía palomitas y admiraba los mandos de las armas. A Puck le gustaba haber salido de su cuarto y tener la oportunidad de contemplar cosas nuevas. No tenía ni idea de que estaban huyendo ni del peligro que corrían. La mente de Ellie, en cambio, no albergaba dudas: cuando Mal Gorman descubriera que habían huido desearía con todas sus fuerzas cortarlos en lonchas, como el jamón cocido, y luego reducirlos a polvo cósmico.

—Pero no pienso permitirselo —susurró Ellie—. Y, en cualquier caso, antes tendrá que pillarnos.

Mientras volaban rumbo al norte sumidos en la oscuridad, dejando atrás el calor del sol, Ellie se preguntaba si sus padres le habrían guardado la ropa. Ya hacía más de un año que Mal

Gorman la había secuestrado y la niña sabía que les había dicho que estaba muerta.

«No —pensó con tristeza—. La habrán tirado, seguramente.»

Por un instante, se planteó si la reconocerían. Tal vez se asustarían al verla. Puede que, al llamar a la puerta, la miraran como si fuera una desconocida y la echaran. Al imaginarse que el viaje pudiera acabar así, Ellie sintió que el pánico le invadía la garganta, como si fuera vómito, y aceleró hasta volar a tanta velocidad que no alcanzaba a ver más que franjas de luz mortecina reflejadas en el agua. El Pod Fighter rasgaba el aire, dejando a su paso una estela de cicatrices sónicas. Cuando la joven piloto parpadeó tratando de contener las lágrimas, la aeronave bajó ligeramente en picado hacia la izquierda, la punta de un ala fue a dar con la cresta de una ola y reaccionó como si hubiera golpeado una roca: ¡bum! Por una fracción de segundo, creyó que estaba perdida, al ver como el Pod Fighter amenazaba con precipitarse contra el muro de agua megatónico, dando volteretas en horizontal.

—¡Jolín! —masculló, con la cara ardiendo, al tiempo que trataba de corregir su error. Otra falta de concentración como ésa y no lo contaría. A esas alturas debería haber aprendido que llorar no servía de nada; el torrente de lágrimas que había derramado desde que Mal Gorman la secuestró no la había devuelto a casa por arte de birlibirloque; eso sólo iba a conseguirlo a base de lógica y decisión.

Aminoró la marcha, presa del pánico, respirando entrecortadamente, y comprobó las coordenadas en el visor. Entonces, con un rugido que desgarró las olas, el Pod Fighter atravesó zumbando el Ecuador y se adentró en el turbulento cielo del hemisferio Norte.

—Nos vamos a casa —dijo Ellie—. Y ni siquiera Mal Gorman podrá detenernos.

Eran las tres de la madrugada en Londres cuando Mal Gorman se despertó con la noticia de que Ellie había escapado. En teoría, estaba de vacaciones, las primeras vacaciones que se tomaba en más de un año, pero en lugar de relajarse en su caro hotel, se paseaba arriba y abajo con las pantuflas cambiadas en pie y el pulso laténdole con fuerza en las sienes. Ya era demasiado viejo para recorrer el planeta a la caza de una chica de doce años al mando de un Pod Fighter robado. El comunicador circular de la oreja derecha brillaba al tiempo que hablaba con uno de sus hombres.

—¿A qué hora ha huido?

—No lo sabemos, señor —respondió tímidamente el hombre—. Por lo visto, nadie sabe cuándo se ha ido exactamente.

—¿Cómo es eso? —bramó Mal Gorman, con sus claros ojos grises a punto de salirse de las huesudas órbitas—. ¿En qué andabais metidos? ¿A qué os dedicabais todos en el cuartel? ¿A bailar el cancán? ¿O estabais en medio de una juerga?

—No, señor —contestó—. Es que... se escabulló sin que nadie se enterara.

—¿Que se escabulló de una habitación cerrada a cal y canto a bordo de una nave espacial?

—Sí, señor —repuso el hombre—. Hemos intentado averiguar cómo lo hizo, pero ni siquiera tenemos la grabación de las cámaras de seguridad, porque la destruyó antes de irse. No sé cómo, pero se las ha arreglado para forzar cada Pod Fighter de la pista y colar un virus en el sistema de vuelo, para que no pudiéramos seguirla.

—Increíble —gruñó Gorman—. ¡Sois un hatajo de imbéciles incompetentes! ¿Cómo es posible que una chiquilla de doce años haya escapado de un ejército de cientos de soldados de una estación espacial en órbita alrededor de la Tierra?

—No lo sé, señor —balbuceó el hombre—. Pero tenemos a los programadores trabajando en los Pod Fighters y la mitad ya vuelven a funcionar. Si nos necesita, estamos listos. Podemos estar ahí en diez minutos. —Vaciló—. ¿Sabe el Secreto?

—Sí —replicó Gorman, apesadumbrado—. Pero no creo que se haya escapado por eso. Hace poco le conté que sus padres la creen muerta. Puede que eso la afectara. ¿Se ha llevado al mono?

—Sí, señor.

—Oh, no. —Gorman sintió que se le encogía el pecho al pensar en las consecuencias de que Ellie llegara a casa con un mono capuchino de penacho negro vivo. Se dejó caer pesadamente en la cama y, sentado, hurgó bajo la lámpara, en busca de sus pastillas de la Vida Eterna. Tenía ciento ocho años; las necesitaba.

—¿Qué desea que hagamos, señor?

Mal Gorman reflexionó un momento, pasándose una mano apergaminada por los pocos pelos grises y quebradizos que le quedaban. No quería matar a Ellie; al fin y al cabo, había invertido un año en entrenarla y los otros dos niños que había secuestrado habían muerto. Además, le caía bien; aunque arisca y de trato difícil, era listísima; matarla sería echar por la borda todo el tiempo invertido. Sin embargo, si no podían controlarla en una estación espacial en órbita como la Reina del Norte, es que no podían controlarla en ningún sitio. Ellie sabía el Secreto e iba rumbo a casa con un animal vivo. Era tan peligrosa como una bomba atómica.

Gorman se inclinó y pulsó un icono que había sobre la cama de la habitación del hotel. Las cortinas se retiraron, revelando un muro de cristal y una impresionante vista de Londres. Las nuevas Torres doradas, sacadas de las páginas de *Las mil y una noches*, resplandecían seductoramente a su alrededor, re-

cordándole la visita turística que tenía para el día siguiente. Resopló, malhumorado, y dio la espalda a la ciudad.

—Por lo menos sabemos adónde va —dijo—. Se dirigirá a ese pueblo de mala muerte donde nació, Barford North, para ver a su familia. Organizad patrullas en la costa sur de Inglaterra y hablad con la policía. Decidles que lleva consigo un animal. Tendrán tanto miedo de pillar la Plaga Animal que se pelearán por las mejores armas. Debéis matarlos a los dos antes de que lleguen a casa y la chica hable con alguien.

—Sí, señor.

—Lo que quiero es que los aniquiléis —añadió Gorman—. Los quiero hechos pedacitos, picadillo, puré, papilla, reducidos a cenizas y enterrados bajo una tonelada de cemento. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Y que sea rápido. Yo estoy de vacaciones, en principio. Vuelve a llamarme cuando la localicéis.

Gorman se sacó el comunicador del oído y lo arrojó sobre la cama. Entonces ordenó a gritos a su mayordomo, Ralph, que preparara té. Algo le decía que ni esa noche dormiría más ni haría turismo al día siguiente.

—Qué tonta eres, Ellie —dijo—. Jamás lo lograrás.

Ellie recordaba con todo lujo de detalles la noche en que Mal Gorman la secuestró. Mientras volaba rumbo a casa, los recuerdos eran como veneno que le recorría la sangre. Se acordaba de lo que había cenado, de que su madre iba vestida de azul y de que había chillado a su hermano, Mika, porque la despeinaba, y de que ni se había despedido al salir de su apartamento plegable. Como el ascensor estaba averiado, bajó corriendo las escaleras y, desde entonces, ya nunca volvió a ver a su familia.

Era la noche perfecta para secuestrar a una niña. Las nubes, a baja altura, se arremolinaban sobre Barford North, apagando la luz de la luna, y había una neblina a ras de suelo, propia del valle del Támesis, que hacía que los cientos de edificios de refugiados parecieran lápidas gigantescas erigidas sobre un descomunal y espeluznante cementerio. Las aceras, que se enroscaban alrededor de las torres como una maraña de serpientes de cemento, estaban casi vacías. Ansiosa por reunirse con sus amigos, Ellie corría tanto como podía, sin ser consciente de que algo pasaba, de que algo se ocultaba entre las sombras. No obstante, cuando de ellas surgieron los hombres de Gorman, vestidos de negro como ninjas y con rendijas a modo de ojos, no tuvo tiempo de percatarse de lo que sucedía. Sus manos agarrándola, el brillante agujijón de una jeringuilla en el cuello, de eso nada recordaba... pasó de plantearse si le alcanzaba para un batido de fresa a sumirse en algo parecido a la muerte.

Al despertar le dolía la cabeza y estaba mareada; durante unos minutos estuvo sin comprender lo que realmente le había sucedido. Todo cuanto la rodeaba era blanco, duro y olía a desinfectante. Fue como despertarse en un horrible cielo sin recordar haber muerto. Sin embargo, hasta que no se llevó la mano a la cabeza y se dio cuenta de que le habían cortado el pelo, no empezó a asustarse. No quedaba rastro de su hermoso cabello largo y oscuro. El estupor abrió paso al horror en la mente de Ellie, que se incorporó de golpe, con sus negros ojos encendidos. Bajó la mirada y vio que su ropa tampoco era la misma; le habían quitado las zapatillas de deporte y los vaqueros y ahora llevaba un traje blanco y esos horribles zapatos que parecían calcetines con almohadillas de goma en las suelas. Se los quitó de un tirón y los arrojó contra la pared. Luego se levantó, se acercó tambaleándose a la ventana y lo que vio la im-

presionó como si le hubieran derramado agua hirviendo sobre la piel: la Tierra resplandecía a lo lejos, no mayor que una pelota de tenis. Parpadeó, pero el planeta seguía ahí, pequeño e insignificante. Se pasó las manos por lo que quedaba de sus cabellos. Se volvió un par de veces, sin saber qué hacer. Y entonces estalló; lloró, gritó y aporreó la puerta, exigiendo que la dejaran salir, le devolvieran la ropa y le permitieran volver a casa. Pero no vino nadie. Golpeó la puerta hasta que las manos se le hincharon y se le llenaron de cardenales. Entonces, aterrada y confundida, se acurrucó en la dura cama.

Horas después, entró un anciano trajeado y se sentó a los pies de la cama. Estaba tan delgado que Ellie le distinguía el cráneo a través de la piel apergaminada del rostro y cada hueso quebradizo de las manos. Tenía los ojos tranquilos y grises y sonreía ligeramente mientras le contaba lo especial que ella era y que la había escogido entre miles, como si tuviera que alegrarse de que la hubiera secuestrado y le hubiera cortado el pelo. Pero cuando se dio cuenta de que no era así, al tirarle ella una bandeja de comida a la cabeza, sus ojos se volvieron más oscuros y hostiles que el abismo que la separaba de su familia. Y cuando le dijo que si no se portaba bien nunca volvería a verlos, ella tembló de miedo.

Se pasó un año trabajando duro y tratando de portarse bien, motivada por su doloroso y vivo deseo de volver a estar con su familia, de que su madre la besara, de sentir el abrazo de su padre y de dormir en el minúsculo cuarto que compartía con su hermano gemelo, Mika. Sin embargo, el día en que Mal Gorman le contó el Secreto, Ellie supo que Gorman nunca había tenido ninguna intención de dejarla volver a casa; nunca la dejaría regresar con semejante secreto.

—Le odio, Mal Gorman —le espetó—, ojalá hubiera mantenido cerrada esa boca esquelética.

No obstante, algunas de las cosas que le había enseñado eran útiles. Al menos, le había dado todos los conocimientos necesarios para huir y había resultado mucho más fácil de lo que ella creía. El Pod Fighter que tripulaba era una esquirla de metal negro curvado y cristal, con la superficie de la cabina de mando repleta de cientos de iconos resplandecientes. Un año antes no la hubiera sabido pilotar; un año antes le habría costado hasta encontrar el cepillo para peinarse.

Por fin, un hilo de luz apareció en el horizonte septentrional. No tardó en transformarse en el cemento salpicado de sal del Muro. Por un instante, se le levantó el ánimo. Tras el Muro estaban la costa del sur de Inglaterra y su hogar. Ya casi habían llegado a casa. Sin embargo, el miedo no tardó en empañar su alegría. Al estar tan cerca de los que amaba, los echaba de menos, incluso con más fuerza.

Arropada por la oscuridad, planeó sobre el mar, que palpitaba a sus pies como una bestia negra salpicada de lluvia. Al contemplar la imponente masa de cemento, se le encogió el estómago. Habían erigido el Muro durante la Plaga Animal, mucho antes de que Ellie naciera, pero había crecido oyendo el relato, hasta serle tan familiar como los que le leía su madre a la hora de acostarse. Sin embargo, ese relato no tenía ni la mitad de gracia que *El viento en los sauces* o *Winnie the Pooh*, porque en lugar de simpáticos animales que corrían alegres aventuras, salían animales trastornados embarcados en una cruzada asesina; animales que arrancaban de cuajo las portezuelas de los coches para matar a quienes hubiera dentro.

De pequeña, siempre que mencionaban el Muro, Ellie se echaba a llorar, no porque tuviera miedo de los animales, sino porque le daban pena.

—No tendrían que darte pena los animales —la corregía su madre—. Los que deberían darte pena son los humanos.

—¡Pobres osos, tigres, pájaros y topos!—sollozaba Ellie—. ¡Están todos muertos! ¡Los matamos a todos!

—Pues claro —replicaba su madre, exasperada—. Tuvi-
mos que matarlos antes de que ellos nos mataran a nosotros.
Pero ahora vivimos tras el Muro, así que ya no hay que preo-
cuparse más por esos malvados animales. Y ahora acuéstate y
a dormir.

Ellie hacía lo que su madre decía, se acostaba y se dormía,
pero continuaba sintiendo pena por los animales.

El Muro era la mayor estructura del planeta erigida por la
mano del hombre. Superaba los cincuenta metros por encima
del nivel del mar y serpenteaba por la cima del mundo, ence-
rrando el norte de Europa, Rusia septentrional y Canadá. Allí
donde se encontraba con el mar, la sal formaba ondas sobre el
hormigón, como si fuera helado, y por encima tenía vetas de
lluvia. En tierra, donde protegía a la gente, los cimientos del
Muro se sustentaban sobre un lecho de roca, así que ningún
animal de madriguera podía colarse por debajo. Y en la par-
te de arriba había tres hileras de alambre de cuchillas electri-
ficado capaz de hacer pedazos un rinoceronte. Cada setenta
y cinco metros había torres de vigilancia guarnecidas por
borgs Ghengis: borgs de combate de tres metros con más mal
genio que un nido de avispas y armados con pistolas láser con
suficiente potencia como para hacer picadillo a una manada
de elefantes.

A través del parabrisas, Ellie observó como el borg más
cercano blandía su descomunal arma. En la oscuridad, sus
ojos de luz rojiza parecían los de un demonio. Sin embargo,
a Ellie no le daban miedo los borgs Ghengis; nunca se plan-
tearían que pudiera llevar un animal en el Pod Fighter ni que
pretendiera cruzar con él el Muro. Los hombres de Gorman
la esperarían al otro lado, sobrevolando los hoteles del paseo

marítimo de Brighton, y en el interior de sus Pod Fighters habría hombres armados, no un mono con una bolsa de palomitas. La muchacha respiró hondo.

«Puedes hacerlo. Sabes que sí.»

Tenía muchas posibilidades, creía, si volaba vía Londres, porque podría atravesar la oscuridad del primer nivel, el de Las Sombras. Después, seguiría la llanura inundada del valle del Támesis rumbo a su pueblo natal, Barford North, al sur de Oxford. Los nuevos pueblos de refugiados se habían erigido sobre pilotes, para mantenerlos por encima de la crecida del agua, así que podría volar a cubierto por debajo de ellos. Sería muy peligroso, pero pocos hombres de Gorman se atreverían a seguirla.

Se quitó los cascos y bebió agua. Luego se desabrochó con dificultad el arnés y se volvió para comprobar que el arnés de Puck estuviera bien ajustado. Puck había sido un regalo de cumpleaños de Mal Gorman.

«O más bien un soborno —pensó— para que trabajara más duro. Seguramente ahora se estará arrepintiendo de haberme regalado un animal.»

—Todo el mundo se llevará una sorpresa al verte —susurró—. Y un susto de muerte.

Se mordió el labio al imaginar el chillido de su madre cuando se presentara en casa con un mono capuchino vivo y se propuso entrar en el apartamento y cerrar la puerta antes de enseñarlo. A su madre Asha le daban miedo hasta las fotos de animales. Cuarenta y tres años después de la construcción del Muro, aún había una enorme alarma antiplaga sobre el edificio más alto de cada población, por si entraba algún animal. En ese momento Puck era un gran problema, pero Ellie nunca lo hubiera abandonado a su suerte en la nave espacial; ni hablar, él no tenía la culpa de nada.

Se sintió aliviada al comprobar que el mono dormía. Sonrió. No parecía muy peligroso. Se le había desparramado la bolsa de palomitas en el regazo y tenía el semblante tranquilo, como si también soñara con el hogar. La niña cogió la bolsa, la dobló por la parte superior y la depositó al lado del asiento del simio.

—Que duermas bien —susurró, contenta de que Puck no supiera lo que pasaba. A Puck le temblaron los dedos y ella se los acarició suavemente.

Aquel ser era un milagro. Tan hermoso. Siempre que lo miraba, Ellie no podía sino maravillarse. Su pardo rostro estaba enmarcado por una maraña de pelaje dorado. Tenía las patas y los brazos negros hasta las articulaciones, como si los hubiera metido en un cubo de tinta. El pelaje del cuerpo era más largo y de un tono dorado más oscuro, y llevaba un corte de pelo a lo mohicano —un mechón de pelaje negro sobre la cabeza—, que le sentaba estupendamente. Estaba hecho un revoltoso, lo que lo convertía en la mascota más espantosa que se pueda imaginar. Sin embargo, Ellie lo comprendía. Sabía que Puck añoraba a su familia tanto como ella y su único modo de comunicar su tristeza era portándose mal y destrozando cosas. Al pobre Puck no lo habían dejado salir de su diminuto cuarto en seis meses. La muchacha le ajustó el arnés.

—Ellos no te comprendían —murmuró—, pero yo sí.

Se dispuso a reemprender el vuelo. Sólo con el esfuerzo de girarse en el asiento, notó el cuerpo débil y se dio cuenta de hasta qué punto estaba agotada. Durante los días previos a la fuga, no había podido comer ni dormir.

«Debo ir con cuidado y no perder la concentración —pensó—. No falta mucho, media hora, puede que menos, para estar en casa con mi familia.»

Se puso los cascos y se volvió a acomodar en el asiento. Se abrochó el arnés, comprobó el panel de control y encendió el motor, sintiendo que, con su rugido, le recorrían oleadas de energía nerviosa. El Pod Fighter despegó en vertical y notó que le vibraban las manos con la potencia de la nave. El borg más cercano se volvió y sus ojos rojos observaron cómo salvaba el Muro y cruzaba la franja del mar rumbo a la costa. En menos de un minuto, llegó a Brighton y, como un enjambre de moscas negras, los hombres de Gorman rompieron filas y se precipitaron desde las nubes.

—Mi comité de bienvenida —murmuró Ellie con sorna—. ¡Qué detalle venir a recibirme!

Sintió que el miedo le encogía el estómago, pero voló hacia ellos con los dientes apretados. Con un viraje a la velocidad del rayo, se coló en lateral por el hueco que había entre dos hoteles, con apenas unos centímetros de margen.

—¡Chupaos esa! —gritó, al tiempo que salía por el otro lado y viraba rápidamente, para no chocar con un bloque de apartamentos.

De pronto, tras los hoteles del paseo marítimo, se encontró en una estrecha pasarela bordeada de contenedores de basura y aerocoches aparcados. Al fondo, le esperaban dos aviones de combate y por encima de su cabeza oía el zumbido sordo de un carguero de la policía. No podía ni subir ni avanzar, así que viró bruscamente a la izquierda, salvando por muy poco la esquina de un balcón, al adentrarse por la sombra grieta que separaba otros dos edificios.

«No hay otro camino», pensó, al tiempo que emergía por un centro comercial e inmediatamente tomaba un atajo entre dos tiendas, para evitar la nube de tanques policiales que se le echaba encima. Sabía que, si permanecía un segundo más en un espacio abierto, la matarían. No obstante, ya ha-

bía practicado este juego durante la formación, abriéndose paso en zigzag a través de un oscuro laberinto repleto de monstruos voraces, en un simulador de vuelo. Sólo que cuando jugaba en el laberinto tenía tres vidas, mientras que ahora, todo era real y sólo contaba con una.

—Usa los edificios para ponerse a cubierto.

—Pues claro —masculló Mal Gorman, con tanta brusquedad que se le agrietaron los resecos labios—. ¡No irá a sobrevolarlos, para que podáis turnaros y hacer prácticas de tiro con ella! ¿Adónde se dirige?

—A Londres.

—Volará por Las Sombras —predijo Gorman—. Tratad de obligarla a subir al segundo nivel, donde hay más luz. ¡Quiero allí a todos los hombres, ya!